



Pía Barros, *A horcajadas*. Mosquito Editores, Santiago 1990, 110 páginas

Pía Barros al galope

Sexualidad de mujer galopada en gozo y dolida en culpa, una nueva erótica del placer es la que escriben estos cuentos de Pía Barros, en su nuevo libro *A horcajadas*. Una lógica otra, que no se resuelve necesariamente en la anécdota, sino que se escritura en la laxitud del cuerpo abandonado a la caricia y en el recorrido voluptuoso de una lengua que se demora, lenta, ceremonial, iniciadora y sabia.

Liliana Treviñán

El placer del cuerpo de la mujer se descubre en la maravilla de sus recorridos y sus pliegues, de sus plácidas y curvaturas en las páginas de estos cuentos. Lectura provocativa que incita, pasa de las brisas al fuego sin tapujos y libera el frecuentemente reprimido texto de la mujer chilena.

Con una muy cuidada edición de Mosquito Editores, un excelente diseño de portada de Alejandro Albornoz, sobre una dramática foto de Magda Mijang, esto no es un libro —objeto como aquellos que Barros promovió desde *Ego Sum*, en los últimos años—, sin embargo, es también un objetivismo muy hermoso: doce breves textos de erótica femenina, un muy buen prólogo/pre-texto de Juan Carlos Llerena y la evidencia del oficio que Barros ha adquirido desde aquel libro de sus Mi-

das transitorias. De a uno, de a dos, de a todos, publicado en 1990.

La crítica que pulsa la escritura de estos textos interroga al texto tradicional en el cual la mujer es el objeto del placer. En *Prefiguración de una huella* el deseo deviene sujeto del texto no reprimido y se convierte en actuante del rito por el cual sexo y poder cómplices se articulan en una escritura del placer. El gozo del sometimiento que le es tradicionalmente vedado al texto femenino, se encubren en el deseo no reprimido buscando una textura que intente en la huella.

Por deseado y prohibido

Cuando el texto de Barros propone una percepción distinta del rito de iniciación, es obvio que no está siguiendo la lógica falocéntrica. Iniciamos se inscribe dentro de la mitología —que duda cabe—: los niños se encuentran en un ambiente idealmente propicio, en el cual la figura de sus jóvenes cuerpos celebra el acoplamiento poderoso de la vida y las especies. Interesante es que ambos personajes participan del rito en igualdad de condiciones: "Preguntaste si tenía miedo, sólo por llenar la magia de agujeros y vergüenzas, pero ella había dicho no, ya no, y te buscaba con las manos..." También el final de la experiencia nos propone otra lectura respecto a la iniciación: "Después, empujé-

do, la cabeza hundida en su vientre, se echaba a llorar". En el niño el que llora y el que busca el cinto de ella para pasar la vergüenza. La experiencia entraña dolor y reconocimiento para ambos, por la perpetración de lo que —por deseo y prohibido— tiene el acto de edípico.

La iniciación entraña una pérdida y es aquí ella la que posibilita el reconocimiento del dolor que el placer amalgama. "Quiero mirarte", había dicho ella y tú estabas inmerte, ya no eras el sabio... mientras que la imagen masculina aparece desmontada en lo que las relaciones humanas pueden tener de ternura y de refugio para los cuerpos. Ella intercala al otro como una igual, de modo que el rito tradicional en el cual la niña es desflorada, está aquí leído muy de otra manera.

Discurso subversivo no sólo por lo explícito —lo que ya es una transgresión al discurso tradicional chileno— sino sobre todo porque es capaz de desbordarse a sí mismo para mostrarse en la perversidad y dominación del otro.

Es el deseo el que pulsa una erótica distinta también en *Diseminado*, texto que se instala en el espacio impetrado del miedo para interrogar a la retórica de la diferencia.

Algunos de los cuentos de *A horcajadas* están escritos sobre los oscuros hilos con que la dictadura tejó, aludida, las vidas de los chilenos durante estos años. De modo que la lectura

brutal de la tortura en la cual se veja sistemáticamente el cuerpo de la mujer, se conjugaba con la crítica al sistema para preguntarnos acerca de los límites de lo prohibido en la sociedad patriarcal. La tortura que nos horroriza en *Miembros*, es entonces, sólo la expresión límite del cotidiano trato hacia el cuerpo de la mujer, donde el hostigamiento y el abuso son la norma desde que tenemos memoria. En *Quiero* es el miedo el que escribe el cuento, no el cuerpo, no el deseo, sino el más pavoroso de los miedos, el receloso que vivimos por muchos años y en el que cada chileno se reconocerá secretamente: miedo de que lleguen, de que esta noche sí, de que nos pase lo que a tantos, de que entren, de que vengan en ese auto que frenó allá afuera.

El cuerpo como instrumento

Con la misma urdimbre, sin embargo, se articula su reverso, y es que también la profundización del dolor nos ha hermanado. Ante el horror dictatorial en las calles, surge un grito-dolor por el otro. El cuerpo no como instrumento de placer sino como establo de dolor entre las personas. Acto de liturgia, ceremonia fílmica en el acto de darse al caldo y la posibilidad liberadora del dolor encamado. Y por ese acto de comunión visceral es posible seguir creyendo en nosotros mismos. En *Comunión* Barros interroga los límites al presentarnos a una mujer "temblante, sin aliento su dolor por ese muchacho acrobático allí en el suelo, ese muchacho al que nunca antes había visto".

En *Desfiladero* de ignominia la interrogación se vuelve hacia el espacio oscuro en el cual se interceptan el placer y la muerte. Es una mirada otra que se nos propone desligada del juicio y de la norma, ensando ese espacio de la sospecha permanente, de la posibilidad siempre presente de que las relaciones se reviertan y lo que aparece como amor sea odio, que lo natural no sea sino la imposición del dominio de uno sobre otro. Así en el cuento *La había odiado con palmital*, las relaciones de pareja se muestran en su absurdo cotidiano y sobre todo en la posibilidad de negación que ellas representan para la vida de la mujer, sin que ello signifique entrar en algún estado superior, sino lisa y llanamente, sumergirse en la destrucción y el odio contenido.

Que a madre y a niños se escritura también desde la huella de la pareja vista desde la cotidiana de la mujer. La propuesta de la fantasía —heredera de la Bombal— es elaborada cuidadosamente como espacio de la libertad posible, sin embargo, negada por el texto y censurada por la propia protagonista que se niega a sí misma la posibilidad de transgredir el rol de esposa fiel, incluso en sueños. Cuando la protagonista

acata su rol de aborrida dueña de casa, violenta percibir el contraste entre una y otra realidad, ya que es el espacio del sueño el que resulta a todas luces una experiencia vivida y creíble para la mujer, en contraste con la mediocre vida cotidiana. Una crítica sin repeticiones ha construido la imagen deseada, sin embargo es la figura masculina, la que, desde afuera, va a interferir para desdibujar la construcción placentera y volver a someter el deseo a la lógica del poder.

Uno de los cuentos que más me interpeló personalmente es el que propone una lectura diferente de la maternidad. En *Artemisa*, es una bebita que ha nacido recién y que no quiere dar de mamar a su hijo. La mitología presenta a una diosa que protege a los recién nacidos, sin embargo, a esta madre le resulta repulsivo el acto e intolerable la exigencia del niño sobre su cuerpo, contrariando al mito, no es aquí ella quien castiga al que interfiere en sus actos, sino que es el insoportable, pequeño y adorable niño el que castiga a su madre. El reconocimiento de situaciones muy vividas por las madres y un final fantástico muy cotidiano, hacen que el texto nos interroge ahora sobre la tan manida santería con que las mujeres anónimas nuestra función reproductiva.

Desvío y regreso

Hay un cuento, *Navegación*, cuya inclusión aquí me parece inútil e incluso engorrosa, ya que posee una textualidad que responde a otras coordenadas y no dice relación alguna con los otros cuentos. Esos desde una perspectiva genérica desde la cual podemos leer todos los cuentos, menos éste, de modo que, puede ser un detalle, pero creo que le resta consistencia a la textura de mujer que es el mayor logro conseguido en este libro de Barros.

La perspectiva genérica, incluso caprichosa, se confirma en el brevísimo texto *Tu*, que más que un cuento, es un guiño de broma a las lectoras que participen del secreto.

El texto se cierra con otro guiño, esta vez a los lectores de *Miembros transitorios* porque *Desahogado ante la arena* se hila con *Historia para amigos*, que era quizá el cuento más audaz de ese libro. De nuevo es el deseo el que quiere mostrar su huella y la validez de una propuesta despreciada, ante la ventana, que son los ojos de la soledad, de esta ciudad moderna actuando como voyeurista del inevitable desencuentro, de quienes desesperados se buscan sin tocarse, haciendo de su propio cuerpo el verdadero de la pasión y la agonía.

Sin duda *A horcajadas* es un texto en el que podemos leer el pulso de nuestros cuerpos y nuestros ocultos deseos, tan frecuentemente reprimidos en nuestro entorno. ■



Pía Barros al galope [artículo] Liliana Trevizán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Trevizan, Liliana

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pía Barros al galope [artículo] Liliana Trevizán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile